

Memoria de siete años de Instituto

Suele ocurrir que, alcanzada cierta edad, uno recuerda mejor el pasado remoto que el más cercano. Sin embargo, yo he tenido que esforzarme bastante para rescatar del amenazante olvido estos retazos disconexos, recuerdos de mis siete años de Instituto, 1960-67. Al fin, acuden espontáneamente a mi memoria algunos *flashes*, a veces no correlados en el espacio ni en el tiempo. Intentaré como sea ordenarlos, en una descripción de mis vivencias. Memorizar nunca ha sido mi fuerte y durante aquel período (y aún antes, cuando iba a la Escuela) sufrí horrores en las clases memorísticas —que por entonces lo eran casi todas— intentando soltar de corrido las listas de los reyes godos, de la reconquista, o de los ríos del mundo. Aquel padecimiento sí lo tengo bien grabado, junto con las reprimendas de los rigurosos maestros por no saberme mejor la lección ¡pese al esfuerzo que dedicaba a ello! Conservo mis cuadernos escolares (de los 6 a los 10 años) y las notas, aunque buenas, no eran espectaculares. Iba, desde Primaria, un año adelantado, pero de nada me sirvió pues tuve que cursar dos veces el último año de la Escuela, ya que entonces la ley no permitía empezar el Bachillerato si el alumno no iba a cumplir los diez antes de acabar diciembre. En el examen de ingreso al Instituto mi memoria falló más de lo debido y saqué un simple aprobado (poco, en comparación con el 10 redondo que consiguió mi hermana en Lérida ¡y en examen libre! un par de años más tarde). Sin embargo, mis padres confiaban mucho en mí. No sé bien que habilidades les habría yo mostrado, como no fuese el hecho de haber conseguido en una ocasión el primer premio en unas pruebas inter-colegios de Catequesis¹ y que, además, para entonces ya me había leído el *Don Quijote* no menos de tres veces, entre otros varios libros que encontré en el fondo de un baúl en la azotea de nuestra vieja casa de alquiler (*Cumbres Borrascosas*, *Felipe Derblay*, *Rebeca* y alguno más). “*No has de llegir aquests llibres, no són per a la teva edat,*” desaprobaba mi madre² de vez en cuando. Tenía, eso sí, cierta facilidad con las matemáticas, que mi padre se había encargado de fomentar a ratos, con ejercicios numéricos de ingenio y ayudándome en los deberes que traía para casa. Supe que, al ver mi poco destacada nota de ingreso, el Sr. Guardia le comentó (debo decir que papá le conocía, al haber sido por un tiempo conserje del Instituto) que esperaba algo más de mí, de acuerdo con las cualidades que él le había insinuado que yo tenía. Mi padre replicó, con convicción: “*Aguarde un poco y ya verá; hablemos de ello dentro de unos meses.*” No fueron solo meses, sino varios años más tarde, cuando en otra conversación, nuestro dilecto Director se deshizo en elogios hacia mi persona y el hecho de ver a mis padres tan satisfechos por ello es, ahora que todos han muerto, uno de los mejores recuerdos que guardo de mi paso por el Instituto. Eso, junto con una cita de mi progenitor, a la que recurría a menudo: “*Jamás he envidiado a quien tenía más que yo pero sí y mucho a quien sabía más que yo.*” Tal fue el *leitmotiv* de su vida. Si hablo aquí de mis padres y hermana es porque considero que a la familia le corresponde un papel fundamental, imprescindible e irremplazable en la formación de los hijos a esas edades. Ésta es la clave para entender el deterioro tan profundo de la enseñanza en la actualidad, mucho más que cualquier consideración acerca de la capacidad de los propios profesores y estudiantes, u otras circunstancias de la vida moderna.

¹Tendría siete años. “*Dixa’m guanyar! dixam guanyar!*,” me decía en voz baja en la disputada final mi contrincante, que era de los Escolapios. Pero no me dejé. El premio fue un bonito estuche de piel de lagarto (que aún conservo) repleto de lápices de colores y otros útiles.

²Muy buena alumna, de pequeña, de la misma Escuela a que me he referido, recién inaugurada entonces por el general Primo de Rivera. Pese a sus dotes para los estudios nunca se planteó continuarlos.

Me veo a mí mismo, en primer curso, como un mocoso insignificante, con uniforme, eso sí, y aires impuestos de persona mayor (las fotos de aquellos días no mienten). Siempre callado, era un enano al lado de compañeros de algunos años más: unos porque se incorporaban más tarde a los estudios y otros porque eran repetidores. De hecho mi aspecto juvenil e inofensivo me ha procurado muchas anécdotas a lo largo de la vida: recuerdo que, con 24 años, cuando habiendo terminado dos carreras en Barcelona³ y recién aprobadas en Madrid (tras cinco semanas de duros exámenes) las oposiciones de catedrático llegué al Instituto de Tárrega para incorporarme al mismo, el conserje me tomó por un estudiante de COU y me costó muchísimo convencerle de quién era, pues creía que yo le estaba tomando el pelo.⁴ Pero volvamos al tema: al igual que ocurre ahora con la invasión de teléfonos y consolas de juegos, algunos se traían a clase, aquel primer curso, ruidosos instrumentos ‘musicales’ y cuando por algún motivo se ausentaba el profesor, organizaban unas trifulcas memorables. Eran las épocas de *la Marcianita*,⁵ *la Popotitos*, *la Bamba*, *la Plaga*, *el Speedy González* y *el Rock de la Cárcel*, ¿quién habría podido resistirse a tan extraordinarios ritmos? Un día, los veteranos nos aleccionaron para que pudiésemos enfrentarnos adecuadamente (en lenguaje de hoy, sin morir en el empeño) a nuestra primera clase de taller mecánico. “*Vosotros no digáis nada, dejadme hablar a mí*,” ordenó un repetidor, cuyo nombre siento no recordar. Me refiero a la clase del Sr. Razquin (el famosísimo Caparró, enseña del Instituto). En mi caso, tales precauciones no eran en balde: las clases prácticas fueron un verdadero suplicio. Patoso donde los haya, no conseguía limar una cara a escuadra: rebajaba y rebajaba la pieza hasta reducirla por completo a limaduras; y cuando mis compañeros pasaban ya por la tercera yo no había terminado aún la primera, con tantas idas y venidas a enseñarla al profesor, que la comprobaba con la escuadra y el calibre (o pie de rey) y lanzaba luego un gruñido de desaprobación; hasta que por fin se hartaba y te tiraba de la oreja o te soltaba un improperio. Era lo más parecido a la ‘mili’ que uno pueda imaginar, de modo que podía considerarse como una especie de preparación a ésta.⁶

La carpintería (el otro taller) se me daba algo mejor, pues en ese menester había ayudado a mi padre a hacer colmenas para las abejas, a las que él se encargaba luego de atraer de sus enjambres naturales (colgados de árboles o tejados), en Camarasa.⁷ Y, además, el Sr. Sauret tenía bastante más paciencia conmigo. Un día nos fabricamos en su taller una paleta de pintor, para usarla luego en las clases del Sr. Llopis. Esta vez me había quedado muy bien y para completar la obra la pinté en casa, según nos habían ordenado, y al día siguiente la mostré, orgulloso, a nuestro inefable profesor de dibujo. Su reacción fue explosiva, de tal calibre que no la olvidaré jamás: resulta que había pintado la paleta de rojo (en vez de blanco, más adecuado para contrastar los demás colores), pues era la única pintura que teníamos aquel día por casa. Y es que los ingresos de mi padre no daban para dispendios extra, y tengo bien claro que si el Instituto de Balaguer no hubiese existido yo no habría podido nunca estudiar. Quien no conoció al Sr. Llopis[†] no podrá imaginar jamás la inacabable ristra de epítetos que era capaz de encadenar en una ocasión así, a cual más ocurrente y demoledor, *in crescendo*,

³Con un Premio Extraordinario de Licenciatura (y pronto vendría otro de Doctorado).

⁴De hecho supe luego que en aquel Instituto nunca antes habían visto a un catedrático.

⁵“*Marcianita, blanca o negra, espigada, pequeña, gordita o delgada serás mi amor, la distancia nos acerca y en el año setenta felices seremos los dos...*”

⁶Tanto los talleres como la mili han desaparecido hace años, así que me siento ahora como un abuelo contando sus batallitas.

⁷El olor a docenas de flores silvestres de yermo seco que despedía mi padre al volver en bicicleta de Camarasa, agotado tras una dura jornada de trabajo fuera de horas, lo recuerdo como la fragancia más extraordinaria que he olido en mi vida.

además. Las clases de gimnasia, a cargo del Sr. Carbajosa[†], me trajeron también muchas veces por la calle de la amargura: no había forma de saltar aquel potro altísimo, y menos el tan largo caballo, o el plinton de siete cajones. Pero mis compañeros los salvaban con facilidad pasmosa. Recuerdo muy bien como algunos intentaban ayudarme y me consolaban a veces, pues era propenso al llanto. Ellos fueron despertando en mí, poco a poco, el sentimiento de la solidaridad, del que yo carecía por entonces bastante. Más incluso que las propias clases de religión, a cargo siempre de Mn. Vilà con *La Religión Demostrada* del P. Hillaire: la fe a partir de la razón, de los hechos históricos y el evangelio. En una época dura de nacional-catolicismo,⁸ creo que sus clases eran, por contra, hartamente sinceras y bien fundamentadas: la vida de Jesucristo, su ejemplo, sus enseñanzas, recogidas en el evangelio, eran y siguen siendo para mí la piedra de toque en cualquier discusión sobre el tema. Y la que deja en evidencia a tantos ‘profesionales’ de la religión, que pasean en Mercedes, viven en grandes mansiones y duermen en camas de finas maderas: algo a lo que renunció recientemente el nuevo obispo de Boston ¡para escándalo de muchos feligreses!

Un buen día, en primer curso, coseché un pequeño éxito al resolver mejor que nadie unos problemas de matemáticas, un examen que nos puso el Sr. Vilarasau. Dado mi aspecto insignificante, aquello resaltó aún más: ¡el parvulillo de siete palmos había sacado un diez en matemáticas! Recuerdo que algunos de segundo se interesaron por conocerme; aunque creo que, al cabo, todo quedó de momento en una simple anécdota.⁹ Y si la memoria no me falla, ya en segundo curso fui “jefe de clase” algún mes. Lo era el alumno que había tenido mejores notas en los exámenes mensuales; como una especie de *delegado* de ahora, pero su papel no era tanto el de negociar con los profesores y la dirección como el de mantener a raya al resto de la clase. Luego habría de ser ‘jefe’ hasta la saciedad,¹⁰ pero la primera vez fue para mí especial. Era el más pequeño del curso y, *de profundis* (eso es, desde las profundidades de mi baja estatura), me tocaba alzar la voz y dirigir la invocación al comenzar cada clase: –“*Ven, ¡oh Espíritu Santo!, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía Señor tu Espíritu para darnos nueva vida*”.¹¹ Eso aún lo hacía pasablemente bien, pero me las veía y deseaba para lograr mantener en silencio a mis inquietos y fornidos compañeros cuando el profesor se iba. Tenía que apuntar en la pizarra a los que hablaban o ‘enredaban’ y luego dar cuenta al Jefe de Estudios. A veces, como no me hacían caso, para imponerme escribía sus nombres directamente detrás de la “hoja de clase,” lo cual significaba castigo seguro. Pero eso era ir más allá de mis atribuciones. No fue tarea fácil. De aquellos primeros años recuerdo también las clases de la Srta. Villalba y del Sr. Viola (que luego sería alcalde de Balaguer), ambos de geografía e historia, del Sr. Calaf y del Sr. Salord[†]. Este último aún estaba cuando mi hermana llegó de profesora al Instituto. Las listas de reyes y accidentes geográficos seguían siendo interminables y pesadas, pero ello no era óbice para que nuestra profesora de historia fuera la musa de muchos de mis compañeros de clase. Ahí yo iba también con retraso: los sentimientos propios de la pubertad todavía no se me habían despertado y aquellos dibujos explícitos, y alguna foto de *Play Boy*, que me mostraban a veces a escondidas me dejaban del todo indiferente (todo cambió, y con fuerza inusitada, tres cursos más adelante).

⁸Que el propio Mn. Vilà ejercía sin pestañear en procesiones y otros oficios, dentro y fuera de los templos.

⁹Pero véase que los vaticinios de papá empezaban a cumplirse.

¹⁰Éste fue mi principal apodo al final (allí nadie se libraba de tenerlo). Es curioso, pues a mí nunca me ha gustado mandar (aunque aún mucho menos ser mandado).

¹¹– “*Y renovarás la faz de la Tierra,*” contestaban todos. Luego seguía el *Padrenuestro*.

Durante el año siguiente, poco a poco, varios profesores más fueron descubriendo mi existencia y al final de tercero me había integrado ya en el pelotón de cabeza de la clase: junto a Anguera, Bertrán, Pàmies y Esteve, entre otros, quienes eran mis admirados referentes. Anguera era un estudiante modélico, el mejor sin duda alguna, aunque Pàmies Breu y Bertrán no le iban en zaga; pero el caso de Esteve Jou, de Peramola, que se sentaba a mi derecha, era único. Yo le envidiaba de veras, intentando a la vez entender como era capaz de sacar tan buenas notas cuando se pasaba la mayor parte del tiempo con un periódico deportivo o una novela sobre las rodillas, codos sobre la mesa, la cabeza entre ambas manos y mirando con disimulo hacia abajo. Josep Pàmies Breu, inteligente y generoso, era uno de mis mejores amigos. Sé que cuando dejó los estudios —en quinto, como tantos otros, al terminar el Bachillerato Elemental— los profesores fueron a visitarle a casa y trataron de convencer a su familia para que siguiese hasta séptimo. El no hacerlo no le impidió convertirse en un horticultor de muy alto nivel y líder de la *Unió de Pagesos*. Aquellos primeros años se vieron jalonados de acontecimientos trágicos que dejaron su marca en todos nosotros: Bertrán perdió a su padre (fuimos a Belcaire al entierro) y Sánchez a media familia en el derrumbamiento del Teatro Municipal (cine Ersa), que tanto conmocionó a nuestra ciudad. Ocurrieron también los asesinatos de John Kennedy y luego de su hermano Robert, y las terribles inundaciones del Vallés, que se cobraron un millar de vidas.

Siguiendo con el dibujo, todo cambió cuando iniciamos las clases de perspectiva cónica, a las que dedicamos bastante tiempo (mucho más que otros estudiantes de la época). Y es que nuestro Bachillerato (Laboral) era distinto del usual: había clases de taller (carpintería, mecánica y electricidad¹²), de ciclo especial (agricultura y ganadería) y de dibujo técnico, a costa de tener menos horas de humanidades (no nos dieron nunca filosofía, ni historia del arte o de la música).¹³ Con el dibujo en perspectiva obtuve mi segundo pequeño éxito. Ahí ocurrió al revés que en los talleres: yo iba ya por la tercera lámina cuando muchos no habían aún terminado la primera. Aparte de mi trabajo disciplinado en casa, se reflejaba en ello el hecho de que aquí, antes de dibujar había que hacer una serie de cálculos geométricos, definir el horizonte, el punto del infinito y los puntos de fuga, atendiendo a las especificaciones precisas de lo que se quería representar. Tal análisis matemático-espacial se me daba muy bien y, de este modo, pasé de tener una de las peores notas de dibujo a estar entre los mejores. Recuerdo que sentí entonces, por vez primera, que empezaba a tomarle la medida a aquel Instituto. Compañeros de esos primeros años fueron, aparte de los ya mencionados: Angerri, Badía, Bendicho, Boneu, Busquets, Camarasa Santallusia, Camarasa Capdevila[†], Carrera, Corbella, Dalmau, Durany, Feliu, Fontova, García Mallol, Gómez, Hernández, Isla, Marcús[†], Pàmies Camarasa, Pérez Magri, Pérez Sarrado, Piqué, Ramos, Reverte, Rúbies, Segura, Sirera, Solans[†], Subirada, Vendrell...¹⁴ Cuando se organizaba el usual partido de fútbol a la hora del recreo, Sánchez y Pàmies Camarasa, como mejores jugadores, solían ser los capitanes de los dos equipos contrincantes, e iban eligiendo alternativamente de entre el resto de nosotros a sus equipos respectivos. Ambos eran también ases del *ping-pong* y otros juegos. Yo los admiraba por tales cualidades. Varios de los mencionados habían sido ya compañeros de la Escuela y de los apasionantes juegos con bolas y

¹²Taller a cargo del Sr. Perarnau, consumado atleta. Aún recuerdo sus detalladas explicaciones del funcionamiento del motor de explosión de cuatro tiempos: admisión, compresión, explosión y escape.

¹³Conocer estos detalles es imprescindible para poder seguir el hilo de mi explicación.

¹⁴Si olvido a alguien le ruego me perdone. Camarasa, Marcús y Solans ya fallecieron, QEPD.

canicas en la plaza Mercadal, partidos de balón-tiro en cualquier parte y algún que otro desafío entre barrios, dirimido casi siempre a pedradas. Fontova había sido entonces nuestro líder en las esporádicas salidas furtivas en grupo a los huertos cercanos, donde trepábamos a los árboles y nos hartábamos de fruta o de ‘ametllons’, según la época. Fue el primero en dar rienda suelta a sus inquietudes juveniles, y sus ‘hazañas’¹⁵ corrieron de boca en boca. En general, éramos todos muy buenos compañeros. Recuerdo a Camarasa, de Santalinya,¹⁶ que me invitó a su casa un par de días, a Feliu, de Belcaire, que se sentaba a mi izquierda y con quien me complace hablar a menudo del pasado y del futuro (nuestros hijos) —lo mismo que con Vendrell y Pàmies Breu, y con Àngel Galán Lugo, otro fiel y gran amigo que llegó en quinto— a Reverte y su ilusión por navegar y ser capitán de barco (me localizó por *internet* hace unos meses y me alegra infinito saber que se ha recuperado), y así a todos: les recuerdo uno a uno, aunque no les haya visto desde entonces. Todos teníamos nuestros sueños y deseo que se hayan cumplido.

Nos enseñaron muchas cosas en el Instituto. Dejando aparte mis comentarios jocosos sobre los talleres, la gimnasia y el dibujo artístico, faltaría a la verdad si no reconociera lo que aprendí, al final, también en aquellas clases. De hecho terminé por mejorar en las manualidades de modo muy aceptable, y aún más teniendo en cuenta el nivel tan bajo del que había partido y mis escasas habilidades innatas. Eso fue observado, con algunos comentarios de ánimo, por los profesores, siempre atentos al progreso de sus alumnos. Aprendimos, aparte de otras cosas más usuales, a podar árboles en el campo de prácticas, a dibujar del natural hojas y frutos, y piezas mecánicas, a reconocer las plagas y a combatir las, las diversas variedades y cultivos, las razas de ganado más productivas, y ... a conducir el tractor a los 14 años, examen de aparcamiento incluido. Esto último fue (en lenguaje actual) una gozada, como también lo era coger las bicis para ir hasta el Campo de Prácticas, en el Empalme (los dominios del Sr. Reche). Un recuerdo inolvidable me ha quedado así mismo de las celebraciones de la festividad de Santo Tomás de Aquino (cada 7 de marzo), sobre todo los primeros años. Era una fecha muy importante, de fiesta y espectáculo, de cine (*Emilio y los detectives*, *Los 5000 dedos del Dr. T.*), tangos bellísimos (*Adiós muchachos*, *La Comparsita*) y canciones de la tuna, el *Pregherò* de Adriano Celentano, las del (entonces muy importante) festival de Eurovisión (*Non ho l'età*), *Il mondo* de Jimmy Fontana¹⁷ y demás irresistibles músicas antes ya mencionadas. En una ciudad tan insulsa y aburrida como la nuestra aquella celebración era un acontecimiento extraordinario que rompía la monotonía del curso. Aunque decayó con el paso de los años hasta que al final —y fui uno de sus organizadores en séptimo, en que la celebramos conjuntamente con los Escolapios y las estudiantes de las Hnas. Carmelitas, lo que constituyó de por sí una gran novedad— había perdido ya gran parte de su encanto original. Una vez nos llevaron de excursión al Instituto de Valls, pasando por Poblet y Santes Creus, y llegamos hasta el mar, frente a la Universidad Laboral de Tarragona. Y otra vez fuimos a Lourdes, con etapas en el albergue de Salardú, Viella y Tarbes. Guardo en mi interior imágenes imborrables de aquellos viajes: me veo aún en el autobús cantando el carrascal todos a una y tocando el agua del mar y cruzando la frontera por vez primera en mi vida. Eso en tiempos tan austeros como aquellos, y con 10 o 12 años, te penetra hasta el fondo del alma.

¹⁵Pues eso eran para nosotros al principio, más que otra cosa (que luego lo acabaron siendo, por desgracia).

¹⁶Era común entonces asociar a la persona su lugar de procedencia, que a veces se usaba incluso, coloquialmente, en sustitución del propio apellido.

¹⁷ “*Gira, il mondo gira nello spazio senza fine, con gli amori appena nati, con gli amori già finiti, con la gioia e col dolore della gente come me...*”

Decididamente, lo del examen de matemáticas en primero que antes he comentado no quedó por fin en simple anécdota. Con la llegada de Don Guillermo Sesma al Instituto, procedente de Inpacsa (la fábrica de papel en cuyo laboratorio yo mismo trabajaría tres meses), y sus peculiares métodos de enseñanza —que ahora juzgo extraordinarios pero que muchos compañeros tildaban de incomprensibles y eran absolutamente incapaces de seguir entonces— me convertí al poco tiempo en su ‘intérprete’: el encargado de descifrar aquellas ecuaciones algebraicas y enunciados de problemas abstrusos, para muchos sin sentido. Los libros que seguíamos con él cada año eran ciertamente tan precisos como rigurosos, de Rey Pastor y Puig Adam, dos grandes matemáticos españoles; pero eso no era ninguna imposición del profesor, pues eran los textos obligatorios en todos los Institutos Laborales. Yo serví, de hecho sin proponérmelo, de puente entre Don Guillermo y un número cada vez mayor de compañeros, de mi curso y de otros cursos, y seguí realizando esta función todos los años siguientes.¹⁸ Me viene a la memoria un vecino de mi calle (*Sant Jaume*), más joven que yo, que no podía ni ver a Don Guillermo, como tantos otros más, y no fueron infrecuentes los conatos de rebeldía y las airadas protestas por parte de los padres. Alguna vez me atreví a insinuar que, en mi opinión, era un profesor magnífico, de los mejores que teníamos (si no el mejor), y recibí por ello un estruendoso abucheo. Cuando, una generación más tarde, Sergi, mi hijo mayor ganó con 16 años la Olimpiada Matemática Española y con 17 lo volvió a hacer, batiendo esta vez de largo el récord histórico de 35 años de OME (y consiguiendo además medallas y diplomas en tres olimpiadas internacionales), acabé por entender del todo aquella situación, así como las leyes de Mendel que nos habían explicado en clase.

La física-y-química era mi otra asignatura predilecta y, curiosamente, la profesora Doña Maria Purificación Oíza Zapata (Purita, para todo el Instituto), no tardó en casarse con Don Guillermo. Recuerdo que nos organizaba competiciones de problemas con los estudiantes del curso inmediato superior, capitaneados por Román Faura, y en varias ocasiones salimos vencedores, lo que constituía un tremendo acicate para nosotros. Muy delgada,¹⁹ se pasaba los inviernos enganchada al radiador de la clase, incapaz de soportar el frío de Balaguer los muchos días de niebla interminable. Siempre empezaba contándonos, por un buen rato, sus historias personales vividas en la universidad, sin despegarse del radiador, antes de abordar la resolución de los problemas —algunos de nivel considerablemente elevado— que nos había puesto el día anterior. Para ello requería el concurso de algún ‘voluntario’, lo que le permitía seguir sin moverse de su anclaje. Yo aprendí mucho, bajo su dirección. Si bien las explicaciones generales que nos daba eran bastante parcas, las orientaciones que recibíamos sobre lo que teníamos que estudiar en el libro cada día, así como la selección de los problemas a resolver y la aclaración de las dudas que nos podían quedar al final —una vez cribadas tras discusiones entre nosotros mismos— nos proporcionaron un nivel envidiable para afrontar nuestra entrada en la Universidad. Tres de los diez que terminamos en 1967 fuimos a parar a la de Barcelona, a la misma clase del primer curso selectivo de ciencias: Navarro,²⁰ Torradas y yo, y de este modo seguimos siendo compañeros durante un año más. Los del último curso fuimos, aparte de Antonio Sánchez Morelló y yo mismo —únicos integrantes de la promoción 1960-67, de primero a séptimo— y de los dos

¹⁸Así mismo ocurrió luego con la química y con la física: fui al final un verdadero ‘ayudante’ de los profesores de estas materias.

¹⁹Cual si de una encarnación de la mismísima *Popotitos* se tratase.

²⁰Mis hijos y los de Roberto Navarro León han ido luego al mismo Instituto, el *Arnau Cadell* de Valldoreix. Ambos residimos en Sant Cugat del Vallès desde hace tiempo.

que acabo de mencionar: Amella²¹ y Fumanal[†] (de Tamarite de Litera), Galán (que vino de Oliana), García Sánchez (de Altorricón²²), Pal (de cerca de La Seu d'Urgell)²³ y Riera.²⁴ En sexto éramos trece (con Camarasa, Reverte y Pedrola)²⁵ pero en séptimo nos contábamos con los dedos de las manos. Y trece (diez más dos profesores y el chófer, el simpático Sr. Vidao) íbamos en el microbús que nos llevó de viaje de estudios por Europa en marzo del 67. Luego daré más detalles.

Recuerdo que, durante varios años, intenté emular a Francisco Alejandro Mateo, el estudiante más destacado del centro, que iba tres cursos por delante del mío. Era difícil, pues a su inteligencia penetrante (también en matemáticas, por supuesto, carrera que estudió luego, siendo testigo alborozado —como miembro del equipo organizador de la olimpiada— del primer triunfo de Sergi), se le unían unas maneras y una elegancia y liderazgo que yo nunca tuve. El rigor y la seriedad de aquella época contrastan mucho con los comportamientos actuales. Las clases de literatura de nuestro sempiterno Director Don Jaime Guardia Solé²⁶ eran magistrales, en forma y en contenido. Despertó mi pasión por la novela, la poesía y la música: *Las mil mejores poesías*, *Machado*, *Miguel Hernández*, *Crimen y castigo*, *Cuerpos y almas*, *Los hermanos Karamazov*, *Miguel Strogoff* (en francés), *Orgullo y prejuicio* (en inglés), ... me dejaron durante aquellos años y los inmediatamente posteriores impresiones formidables. Por falta de tiempo, la música tuvo que aguardar a mis hijos, Sergi y Aleix, herederos de mi frustración y excelentes pianistas ahora. Recuerdo que al caer las nevadas del 62, en que alcanzamos la temperatura más baja que yo haya soportado nunca en Balaguer (-15 grados), cuando se suspendían las clases, a los pocos que habíamos podido acudir al Instituto, sorteando el hielo, nos reunía en el salón de actos y nos ponía bellas piezas clásicas, como el *Cascanueces* de *Tchaikowski*, obras de *Falla*, *Granados*, *Chopin* y tantos otros, amenizadas con comentarios y pequeñas interpretaciones al piano (que era lo primero que se había encargado de adquirir para el Instituto tras su inauguración). En nuestro viaje de séptimo (12 a 21 de marzo del 67) fue nuestro experimentado guía por Europa, junto con la profesora de francés, Dña. Conchita Prat. Narrar mínimamente las vicisitudes de tan extraordinario periplo de estudios por Francia, Suiza, Alemania y Bélgica (la *Tour Eiffel* y *Montmartre*, el *Atomium*, la *Grand-Place*, y los castillos del *Loire*, y los del *Rhin*, y el *Lorelei*,²⁷ ...) me ocuparía mucho espacio. Con mi inglés recién aprendido serví de intérprete en varias ocasiones. Aquello fue el despertar al mundo, el respirar por primera vez la libertad (si es que la libertad se puede respirar). ¿Podía haber algo más extraordinario que eso? Para unos muchachos, me refiero, que hasta hacía un par de años habíamos estado cantando el *cara al sol* cada mañana y escribiendo una reflexión sobre la *consigna del día*,²⁸ a los que se nos había castigado a no salir de la clase, una tarde, hasta haber aprendido de

²¹Con José Octavio Amella Mauri tuve bastante afinidad intelectual en esa época. Creo que luego estudió Económicas.

²²City.

²³Excelente dibujante, juntos casi nos perdemos en Bonn durante el viaje por Europa.

²⁴Con quien fui a Lérida al estreno de *My Fair Lady*, una película excepcional.

²⁵Miquel Camarasa Capdevila, Jesús Carlos Reverte Latorre y Jaume Pedrola Rafel. Daniel Pedra Sangrà, su hermano José María y Antonio Asensio Gayá estuvieron con nosotros en quinto.

²⁶Que luego vivió hasta su jubilación en la calle Urgel de Barcelona, frente por frente a nuestra casa, ejerciendo además de profesor en el Instituto Sants-Les Corts, junto con mi esposa, con la que entabló una muy buena amistad (qué pequeño es el mundo a veces).

²⁷"*Ich weiß nicht was soll es bedeuten daß ich so traurig bin; ein Märchen aus uralten Zeiten, das kommt mir nicht aus dem Sinn...*"

²⁸"*La Polar es la que importa,*" "*Vale quien sirve,*" "*Se sirve al caminar,*" y otras por el estilo.

corrido la definición de *sindicato vertical*,²⁹ a los que se nos suspendía por ‘carecer de sentido común’ al no saber interpretar adecuadamente, el día del examen, las parrafadas de los libros de formación del espíritu nacional, y un largo etcétera. Hubo momentos muy tristes y depresivos.

Aunque lo cierto es que rememoro ahora estos detalles sin amargura y creo que el haber sido formados con tales condicionantes tampoco nos ha llevado luego necesariamente al otro extremo (la inescapable, dicen, ley del péndulo). Yo prefiero recordar con nostalgia a “*Tartarin de Tarascon*,” las “*Lettres de mon moulin*,” y los versos de “*Sur le quai de la Ferraille, un beau jour ...*”³⁰ (¿recuerda, Doña Conchita?), las razas *Aberdeen-Angus* y *Large White* (gentileza del Sr. Arnillas), el *escarabajo de la patata* y demás *plagas* del Sr. Pío (Manuel Pujol[†]), nuestro siempre afable y comprensivo Jefe de Estudios, que te hablaba bajando los ojos de una manera curiosa, y “*la flor que se marchita si se la tiene mucho tiempo bajo la almohada*”, del Sr. Llopis, profesor de dibujo, lineal y artístico, según los cursos, con quien he de reconocer que de verdad aprendí a dibujar, hasta alcanzar el nueve, partiendo de la nada más absoluta. Quizá haya ridiculizado un poco las formas, que eran, por cierto, la sal de la enseñanza en aquella época, pero el fondo de la labor de nuestros profesores fue honrado, sin duda. Demasiado distantes y esquivos, eso sí, pues aunque en muchos casos ejercían de paternalistas, lo hacían como los tutores más severos que uno imaginarse pueda. Curiosamente, *no* es así como les recordaba ahora: tras la pátina dejada por el tiempo transcurrido los hacía mucho más cercanos y amigables. Lo que acabo de afirmar está tomado de mis anotaciones de aquellos días, que he releído hace poco. Tal vez no imaginaban cuánto les habría agradecido, a veces, un sencillo gesto comprensivo y amable en lugar de aquella dicotomía constante: reprimenda/elogia, según tocase.³¹ De cualquier modo, no debo dejar de mencionar la labor que realizó Don Lorenzo Arnillas Muguerza,³² Secretario del Instituto, el miembro más joven de la terna directiva, esforzándose al máximo por hacer de nosotros hombres de provecho, concienzudamente, vigilando siempre atenta nuestra evolución a lo largo de los años, día tras día, tratando de evitar a toda costa el más mínimo desliz o pérdida de tiempo. Esta disciplina, adquirida entonces casi a la fuerza, gracias a su labor y la de otros profesores que ya he mencionado, me fue extraordinariamente útil en años sucesivos.

Siete años a esa edad son muchos. Entramos siendo unos niños (a los que se nos intentaba tratar como a personas mayores) y salimos de allí en una época ya bien distinta, para integrarnos en una Universidad en plena convulsión política (a mis padres les preocupaba grandemente mi marcha a Barcelona), que aquel mismo curso habría de estallar en toda Europa en el mítico Mayo del 68. Mil recuerdos más se agolpan al mencionarlo, pugnando por expresarse. Y en julio del año siguiente el hombre llegó a la Luna, acontecimiento extraordinario para mi, que siempre había soñado con ser astronauta. Pero me seguiré retro trayendo al Instituto. La mía fue una evolución muy gradual, que recuerde, solo interrumpida

²⁹ “*Es una corporación de derecho público, que se constituye por la integración en un organismo unitario de todos los elementos que consagran sus actividades al cumplimiento ...*” (tremendo ¿no?).

³⁰ “... *c’est que la prétendue glace était toujours au grand soleil!*”

³¹ De hecho mi hermana tuvo ya en Lérida (donde cursó el COU, equivalente a nuestro séptimo) algún profesor de la ‘nueva generación,’ mucho más abierto y accesible. Los aires de cambio se avecinaban con mayor rapidez de la que podíamos imaginar. Ahí sí que funcionó la ley del péndulo.

³² A quien me une una honda e ininterrumpida amistad por correspondencia (ahora electrónica).

por una crisis que tuve entre quinto y sexto curso (a los 15 años), donde claramente perdí el rumbo que llevaba, para recuperarlo del todo, y con mayor ímpetu, una vez ya pasó. Las crisis de esa edad están por otra parte bien documentadas y hoy día son abordadas con bastante más comprensión y delicadeza. En mi caso no fue así: aquello constituyó un drama y me acarreó unos cuantos sermones, algunos bastante duros, que tuve que tragarme a palo seco. De nuevo se me atragantó la asignatura de historia, a cargo en esa ocasión de la Srta. Valvanera (Sra. ya, a mitad del curso), que al final decepcionó mis expectativas. Como también ocurrió, en séptimo, con las matemáticas del Sr. Lucas: aunque para casi todos era mucho más pedagógico que el Sr. Sesma, no nos explicó nada nuevo, que no supiésemos ya de las clases de Don Guillermo de años precedentes. Sentí mucho su repentina ausencia en el último año, justo cuando más le necesitaba. Y fue precisamente durante ese curso cuando descubrimos, por primera vez, una cosa del todo increíble, inaudita: que los profesores *no eran infalibles*. Eso puede parecer una bobada hoy día, cuando tantos libros de texto, escritos en teoría por buenos profesionales, vienen cargados de errores garrafales.³³ Pero a nosotros (a mí al menos), y en los tiempos de que hablo, nos produjo un fuerte *shock* constatar este hecho; fenómeno que, por cierto, se repitió en la Universidad en varias ocasiones, pero para entonces ya no constituía ninguna novedad.³⁴ El primer amor llegó aquel mismo año, en el último de los cursos de Instituto. Platónico e inconfesado, fue en verdad bastante intenso, mas tranquilo, no alocado, y se fue sin dejar rastro en unos meses. Algunas noches de insomnio, o dulce sueño, algún suspiro en el aire, poesías encendidas sin respuesta, no hubo más. Fue apagándose, con la febril actividad de aquellos días, que ahora narraré. Pero abrió el camino a otros, efímeros también como el primero, hasta que al fin encontré, al terminar la carrera, y en la propia Facultad en que estudiaba, el amor de mi vida.

Los dos últimos cursos —que eran entonces los del Bachillerato Superior y ahora son los de Bachillerato (a secas)— fueron de intenso trabajo. Los recuerdo como dos de los años más fructíferos de mi vida. La nueva referencia era José Ma. Torradas Tomás, que había llegado en quinto y que poseía toda una serie de conocimientos de los que yo carecía. Fuimos compañeros durante cuatro años y ahora vive en EEUU, desde hace 27. Dos de nuestros hijos respectivos comparten universidad, el *Massachusetts Institute of Technology* de Boston, y el hecho de ser ambos muy buenos jugadores de *soccer*. Yo entonces ya no tenía bastante con las clases. En el verano al final de cuarto (con 14 años) había trabajado de sol a sol en un viñedo (42 grados a la sombra, otro record), aportando por primera vez dinero a casa. Del verano de sexto pasé 14 semanas completas en el laboratorio de la ya citada fábrica de papel,³⁵ analizando muestras a cambio de una pequeña

³³En particular, muchos de los actuales textos de matemáticas son bastante peores que los que entonces empleamos (y que ya he mencionado).

³⁴Algunos profesores de la Facultad llegaron a temer a nuestro grupo. Recuerdo haber salido una vez a la pizarra para ayudar a uno de ellos a resolver un problema que nos había puesto dos días antes pero que, llegado el momento, se vio incapaz de solucionar tras tres cuartos de hora de sudorosas intenciones en la clase (pues el problemita en cuestión se las traía). Fue en Análisis Matemático de segundo de licenciatura. Aquello le dolió bastante, pero era claro que él mismo se lo había buscado. Los demás estudiantes permanecían en sepulcral silencio y al final me felicitaron efusivamente, aún más dado el talante de dicho profesor. Nunca olvidaré lo que me dijo el entonces compañero de curso y luego gran matemático e íntimo amigo mío Pere Menal[†] aquella misma noche, quitándose el sombrero, mientras paseábamos por las Ramblas.

³⁵Trabajo bastante duro, turnos de noche sobre todo (de 10 a 6), lunes a sábado, e incluso alguna urgencia en mañana de domingo.

paga,³⁶ y logré convencer a mis padres para que me compraran, a cuenta del dinero que iba a recibir, un curso de inglés por correspondencia. Me apliqué a él, casi como un poseo, y me cabe el honor de haber aprendido tal idioma —hasta el punto de convertirme en profesor del mismo en mis veranos de la universidad— sin haber pisado nunca una clase: con el curso Afha y escuchando las noticias de la BBC por las noches logré una A en el examen internacional de Cambridge. Luego siguió el alemán, iniciado por el mismo camino pero esta vez terminado en los Institutos Goethe de Prien y de Lüneburg; y el italiano, y algo de portugués, y luego ruso. A instancias de Dña. Purita empecé también a dar clases particulares. Tal consejo me fue extremadamente útil,³⁷ ya que éste iba a ser mi principal medio de vida durante los años subsiguientes; y dar clases era infinitamente más agradable y beneficioso que trabajar en la fábrica.³⁸ Ciertamente es que muchos días bien parecían tener más de 24 horas: a menudo se alargaban por las noches o las madrugadas de una forma que hoy sería considerada irracional. Jornadas de 15 y 17 horas de trabajo (y apenas 3 de sueño) no eran ninguna excepción en épocas de exámenes.³⁹ Y es que, entonces, aprender era un magnífico objetivo, ya que una buena formación y un título universitario constituían todo un seguro de vida, que permitía a los hijos de las familias pobres (como la mía) colmar sus aspiraciones y llegar a ser alguien en la sociedad de los 70. Hoy tales valores han sufrido un vuelco, tan aparatoso como el de una aguda crisis bursátil, y todo se ha trastocado: a causa de una inflación desorbitada, muchos títulos universitarios son ahora papel mojado y son los modernos payasos de la tele quienes se encargan de difundir la ‘cultura’ a las masas, cobrando 20 y hasta 50 veces más que los mayores sabios e intelectuales del país (“...cosas veredes, amigo Sancho”).

Pero mi mensaje no pretende en modo alguno ser negativo. Agradezco sobremanera a mis profesores y compañeros de aquellos años su amistad sincera, su ayuda y su ejemplo. Lo que aprendí en el Instituto Laboral de Balaguer entre 1960 y 1967 constituyó la base, sólida y rigurosa, de mi posterior dedicación a la investigación y a la enseñanza, eso es, al conocimiento del Universo que nos acoge y a la transmisión del mismo a los más jóvenes, algunos de ellos profesores ahora ya de este Instituto, y otros de la Universidad de Berkeley en California,⁴⁰ y de la UNAM de México, y de la de Florida, y de otras varias Universidades e Institutos, y que me han dedicado en ocasiones, a su vez, frases inolvidables. Le quedo muy reconocido al *Instituto Laboral*, en definitiva, por haber hecho posible que embarcase mi vida en una empresa como ésta, tan gratificante para cualquier ser humano.

EER, 1960-67

11 de septiembre de 2004

³⁶Que de hecho fue paupérrima, bastante menos de lo prometido, según leo en mis anotaciones de aquel año.

³⁷Creo que nunca se lo agradecí como debía. Aprovecho para hacerlo ahora.

³⁸Mi hermana pudo estudiar en Barcelona gracias, en gran medida, a aquellas clases.

³⁹Aunque en mis múltiples estancias como profesor visitante en universidades europeas, asiáticas y americanas he conocido a estudiantes que superaban estos registros. Algunos dormían en el propio laboratorio. Sobre eso habría otras varias historias que contar, pero ya vale.

⁴⁰Donde nació el movimiento *hippie* y donde me encuentro ahora mismo, mientras doy fin a esta crónica, arrullado por el ir y venir de las olas de la bahía de San Francisco.